

Laera, Alejandra (diciembre 2005). *En el centenario de su muerte : imágenes de Miguel Cané*. En: Encrucijadas, no. 35. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubu.sisbi.uba.ar>>

En el centenario de su muerte

Imágenes de Miguel Cané

"Juvenilia" lo popularizó como escritor, aunque también se destacó en la política y como el primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras, a la que contribuyó a fundar a fines del siglo diecinueve. Representante emblemático de los años de la consolidación del Estado argentino, impulsor de la ley de residencia con su proyecto de expulsión de extranjeros y diplomático. A través de este artículo, la autora revisa ciertas matrices del pensamiento de Miguel Cané que lo presentan en toda su bivalencia.

ALEJANDRA LAERA

Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente e investigadora de literatura argentina del siglo XIX. Ha sido profesora visitante en las universidades de Stanford (2004) y Wesleyan (1999-2000). Además de realizar la edición crítica de varios clásicos argentinos, ha publicado el libro *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres* (Fondo de Cultura Económica, 2004).

Casi erguido pero algo incómodo en su traje blanco, con un sombrero a medio ver en la mano izquierda y apoyándose con la otra, como para no perder el equilibrio, en lo que parece la balaustrada de una escalera, el chico de unos trece años mira hacia el frente con expresión adusta. Muchos años después, un hombre ya mayor, en quien cuesta reconocer a aquel mismo joven, aparece de pie delante de una biblioteca llena de libros, semioculta la parte inferior del cuerpo por un sillón de escritorio; con expresión más distendida que la del chico, el hombre también mira de frente, aunque en sus manos, por debajo de la altura de su pecho, tiene un libro abierto. Por la misma época, el hombre aparece, esta vez sentado con una pared de mampostería como telón de fondo, rodeado de un pequeño grupo de personas de mediana edad. Las tres imágenes, la primera de mediados de la década de 1860, la segunda de finales de siglo y la tercera de 1901, corresponden a Miguel Cané, el conocido escritor y hombre público que fue un representante emblemático de los años ochenta, los de la consolidación del Estado en la Argentina; que fue también el autor de *Juvenilia*, esa suerte de clásico "menor" de nuestra literatura, y que fue además el primer decano de la Facultad de Filosofía y Letras, a la que contribuyó a fundar a fines del siglo diecinueve. Entre la pose forzada del estudiante y el relativo bienestar del profesor ante la cámara fotográfica, las tres imágenes concentran un conjunto de signos que permiten leer casi toda la trayectoria intelectual de Cané, desde su nacimiento en 1851 hasta su muerte en 1905, de la que este año se cumple el primer centenario.

¿Qué relación hay entre las elecciones intelectuales de ese Cané que atraviesa el final del siglo XIX y el todavía joven Cané que en sus ratos de spleen como diplomático escribe *Juvenilia*, las memorias de estudiantina que se convirtieron en un clásico menor pero paradigmático de ese gesto fragmentario y ocasional con el que fue caracterizada buena parte de la producción de la década de 1880? ¿Qué relación hay, también, entre la ambición espiritualista de quien fuera uno de los impulsores de la Facultad de Filosofía y Letras y la intransigencia reaccionaria de quien promoviera la ley de residencia con su

proyecto de expulsión de extranjeros? El aniversario de su muerte quizás sea una ocasión propicia para revisar ciertas matrices del pensamiento de Cané que permitieron la convivencia de facetas que parecen tan diversas.

Memorias de juventud

Sin duda, en la primera imagen el joven Cané ha sido instruido para posar, de cuerpo entero, para la foto tomada en el Colegio Nacional de Buenos Aires, en el que era estudiante. Algo se advierte, en esa imagen, del retrato que de sí mismo hace Cané en *Juvenilia* cuando evoca el momento en que, tras la muerte de su padre (el escritor romántico y exilado de quien heredó el nombre), ingresa al colegio: “Silencioso y triste – evoca–, me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida y el dulce sueño de la mañana”.

Casi veinte años después, en el momento en que escribe y publica *Juvenilia* (1882-1884), Cané ha dejado atrás, por lo menos, la incomodidad y el recato que deja traslucir en su retrato adolescente. Ese cambio –notorio en el hombre maduro de la tercera foto– ya se observa, si no en el gesto despreocupado que ostenta en las memorias de juventud, sí en la autofiguración exitosa que hace desde el comienzo. De hecho, entre el joven del colegio y el adulto que recuerda hay una serie de reconversiones que hacen posible el propio acto de retrospectiva: la travesura se vuelve seriedad; la tristeza, spleen; la distracción a través de la lectura, entrega al estudio; el alumno, finalmente, se vuelve profesor y examinador en la misma institución que lo vio crecer. Reconversión de la personalidad y de los hábitos, reconversión ideológica y de clase van juntas, y entregan a un Cané que no sólo se mide a la luz de su propia trayectoria pública (de periodista a ensayista, de profesor a diplomático) sino que se confronta (y gana) con sus compañeros de generación.

De allí que *Juvenilia*, aparte de servir como ejemplo inmejorable del fragmentarismo con el que Ricardo Rojas, en su *Historia de la literatura argentina*, caracterizó la producción de los hombres del 80, y de la prosa conversada que comparte con Lucio V. Mansilla o con Eduardo Wilde, tenga también un alcance político y social. A la vez que proyecta la mirada del gentleman –como calificó David Viñas a quienes “por privilegio de renta” eran escritores aficionados– sobre los cambios políticos entre la década del ‘60 y la del ‘80, ofrece una ideología del éxito y el fracaso sociales en tiempos de progreso.

En ese proceso de cambio, en el que custodia con un dejo espiritualista los ritmos de la modernización, Cané ha sido colaborador en varios periódicos (*La Tribuna*, *El Nacional*), ha publicado –¡tempranamente! confesará después– un volumen de artículos periodísticos (*Ensayos*, 1874), ha viajado a Europa varias veces (en 1871, en 1874 y en 1881), ha sido representante en el Congreso (1876) y ha sido nombrado diplomático por el presidente Julio Argentino Roca (1881). En esa misión diplomática, que lo lleva a Venezuela y Colombia, lo acompaña como secretario Martín García Mérou, quien recuerda, entre otras cosas, cómo fueron compuestas las páginas de *Juvenilia*: “Yo las vi escribir, día por día, en cuadernitos cuya fabricación era una de mis especialidades, y que se llenaban rápidamente con la letra menuda, apretada e irregular de su autor. Algunas horas en que el spleen nos daba un respiro, me leía fragmentos de esas deliciosas reminiscencias de la vida estudiantil.”

Aunque de protagonismo fluctuante, Cané ofrece, en la década de 1880, un modelo exitoso. Y lo hace, en particular, por el sólo en apariencia paradójico hecho de no dejarse subsumir del todo en el materialismo y el pragmatismo que terminan dominando las

prácticas políticas de la época. Más bien, su pensamiento y su sensibilidad siempre están atravesados por un espiritualismo que, ya presente en algunos artículos recopilados en los Ensayos (por ejemplo en "Positivismo"), será una de las matrices fundamentales del humanismo que lo hará seguir siendo uno de los protagonistas de la escena cultural argentina en las dos décadas siguientes. Un humanismo, sin embargo, que si bien proviene de la tenue resistencia a la ideología ochentista de la "fe en el progreso" y se fortalece en la defensa de los estudios literarios y filosóficos, rápidamente puede devenir en el sustento de la ideología reaccionaria de entresiglos.

El lector en el gabinete

La segunda fotografía mencionada presenta una puesta en escena bastante convencional. Sin embargo, hay algo que incomoda, que llama poderosamente la atención: se trata de ese libro abierto que Cané tiene entre sus manos pero no está leyendo. Como si el libro fuera, antes que el signo de un "Cané lector", una señal de legitimación cultural. Esto no significa, de todos modos, negar la dedicación de Cané a la lectura, sino resaltar el modo en que construye su imagen en una de las pocas fotos que se tienen de él. Por lo pronto, el mismo García Mérou recuerda que, además de escribir *Juvenilia*, en los tiempos del spleen latinoamericano Cané lo único que hacía era leer: "Cané era en aquel tiempo uno de los lectores más formidables e incansables que conozco. Permanecía horas y horas, desde la mañana hasta la noche, con el libro en la mano, devorando volúmenes de crítica, de historia, de derecho político, de filosofía, de literatura." Cané leyó o releyó entonces, recuerda Mérou, a Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe y Heine, además de un grueso conjunto de obras científicas. Ahora bien: entre los muchos volúmenes alineados en la foto, presumimos, hay un ejemplar de *Juvenilia*. Más aún: quizás el libro que Cané tiene en su mano es un libro que no se está leyendo porque se lo ha escrito. Es que la biblioteca, a esta altura de la trayectoria de Cané, incluye no sólo los libros leídos sino los libros escritos.

Este Cané respaldado por la biblioteca y por el libro abierto viene a ser, en cierto modo, un énfasis previsible del Cané de la década anterior. Porque, en contraposición con el spleen que parece aquejarlo sin remedio (quizás producido por no desempeñarse más como el elegante del Club del Progreso y de las veladas de Colón), esos años, los de la diplomacia en Latinoamérica primero (Venezuela y Colombia) y en Europa después (Austria, Alemania y España) son particularmente prolíficos para Cané como escritor.

Además de la redacción de *Juvenilia* y de los tres capítulos de su novela inconclusa *De cepa criolla* (1884), el resultado de su larga, y variada, experiencia viajera se vierte en los relatos de *En viaje* (1884). Allí deja constancia del impacto cosmopolita en las capitales europeas, pero también del menos frecuente conocimiento de la geografía latinoamericana, que ocupa más de la mitad del libro. Aunque no se prive de la crítica y aun del desprecio, como en el retrato de los indios en su llegada a Bogotá o al referirse a las costumbres de sus mujeres, el relato escapa, por su propio objeto, de las convenciones descriptivas que aparecen en el relato del viaje a Europa. De los mismos años es la publicación de otro volumen de misceláneas, las *Charlas literarias* (1885), que recoge crónicas y retratos de la época. Y también, motivado por su obsesivo spleen, empieza por entonces la traducción del *Enrique IV* de Shakespeare.

En la misma línea del tono conversado, ameno y levemente burlón, en entresiglos publica *Notas e impresiones* (1901) y *Prosa ligera* (1903). Sus intereses públicos, sin embargo, se habían reorientado hacia temas que sólo podían tomarse en serio, como si hacia el final de su vida, Cané hubiera elegido el aspecto más solemne de su estilo.

Entre alumnos

De la tercera imagen mencionada hay varios datos. Está tomada en 1901 en la Facultad de Filosofía y Letras, de donde Cané es decano en ese momento, y el grupo de hombres y mujeres que lo rodea es el de sus estudiantes doctorados. La pose corrige definitivamente la imagen del estudiante y destaca el papel de profesor, en este caso universitario, que Cané ya había desempeñado décadas atrás en el Colegio Nacional. Un par de años después, en 1904, afirma sin dudas que “el porvenir intelectual de nuestro país” está en la Facultad de Filosofía y Letras. La frase, a la que se suman muchas otras del mismo tenor, es pronunciada en el discurso que acompaña el traspaso del mando y apuesta a que esa facultad se convierta en el relevo de la Facultad de Derecho, institución en la que –desde la perspectiva de Cané– se hace demasiado manifiesta la especialización disciplinaria propia de finales de siglo y el ánimo positivista que la guía.

A la distancia, es fácil ver en las palabras de Cané la concreción de una necesidad intelectual y material acorde con los nuevos requerimientos culturales y los procesos de profesionalización creciente. Sin embargo, el proyecto supone también la apuesta por una re-espiritualización que frene el alud utilitarista de la modernización y sus efectos en la naturaleza y la moral de la sociedad. Como explica Oscar Terán, se trata, entre otras cosas, de “enclaustrarse para resguardar un ámbito jerarquizado dentro de una sociedad con tendencias igualitarias, pero también para conjurar el caos de un colectivo social magmático y aluvional”.

En efecto, sería parcial la comprensión de ese emprendimiento –más allá del valor de sus resultados específicos– si no se tiene en cuenta que, con ánimo similar, Cané presentó ante el Senado, en 1899, un proyecto de ley sobre expulsión de extranjeros. Básicamente, el mismo ordenaba la salida de todo extranjero acusado de delitos comunes o de turbar el orden público y la tranquilidad social. Por supuesto, el corolario de un proyecto cuyo objetivo más evidente es mantener un statu quo político que garantice el reparto tradicional de poder, es un fuerte conservadurismo social (de clase y aun de raza).

Convertido, de manera ampliada, en un folleto homónimo, el proyecto no tuvo eco inmediato y recibió algunas fuertes críticas de sectores en ascenso, hasta que en 1902, y en el marco de una serie de reclamos sociales e incidentes, se recupera la iniciativa y se proclama la llamada Ley de Residencia, que se usará, fundamentalmente, contra los inmigrantes italianos socialistas y anarquistas.

De este modo, el tipo de resistencia de Cané al materialismo del 80 se presenta en toda su bivalencia. Y aunque los episodios que protagonizó en entresiglos son mucho menos conocidos que Juvenilia, las memorias que hoy parecen ser la única causa de su fama, en la aparente diversidad de tales manifestaciones hay que encontrar una lógica común, sin que ello implique homogeneizar su trayectoria. Por lo pronto, así como en la creación de la Facultad de Filosofía y Letras debe leerse un acto intelectualmente productivo más allá de cualquier causa espuria que haya intervenido en esa creación, así también en Juvenilia, libro que todavía se sigue enseñando en el Colegio Nacional de Buenos Aires, habría que leer el espíritu aristocratizante y elitista más allá de la narración de inocentes travesuras adolescentes.

Notablemente, cabe observar, resulta más simpático el desajuste, la incomodidad de la foto de un Cané que está saliendo de la infancia para entrar al mundo, que la autosuficiencia de la segunda foto y la satisfacción autocomplaciente del hombre mayor instalado entre alumnos. Ante esa preferencia, acaso, habría que preguntarse por aquello

que puede adivinarse y por aquello que se oculta en ese gesto de satisfacción. Porque los Centenarios, en definitiva, antes que ser sólo ocasión de homenajes, deben serlo de relecturas críticas y necesarias revisiones.